

boscadas. La estratagema y el valor, todos sus recursos habian resultado ineficaces, contra un enemigo cuyo brazo nunca se cansaba, cuyos ojos jamas se cerraban. No quedaba mas arbitrio que el de someterse. Eligieron cuatro caciques principales, á quienes confiaron la mision para el campo cristiano. Iban encargados de asegurar á los extranjeros que se les permitiría atravesar libremente el pais, y que serian recibidos amistosamente en la capital. Aceptábase cordialmente la ofrecida amistad de los españoles con muchas torpes excusas por lo pasado. Los enviados debian á su tránsito tocar en el campo republicano, é informar á Xicotencatl del objeto de su mision; debian prevenirle al mismo tiempo se abstuviese de ulteriores hostilidades, y proporcionase á los hombres blancos amplio abasto de provisiones.

Pero los diputados tlascaltecas, cuando llegaron á los cuarteles de aquel gefe, no le encontraron dispuesto á cumplir con estas instrucciones. Los repetidos encuentros que habia tenido con los españoles, ó puede ser muy bien, su valor natural, le hacian sobreponerse al error comun de sus compatriotas. Miraba á los extranjeros no como á seres sobrenaturales, sino como á hombres iguales á él. La animosidad del guerrero habia degenerado en un odio mortal á los españoles, por los abatimientos que habia sufrido de ellos; y su imaginacion estaba ideando continuamente planes para recobrar su honor mancillado, y tomar venganza de los invasores de su pais. Rehusó disolver parte alguna de la fuerza todavia formidable que estaba á sus órdenes, y enviar socorros al campo enemigo. Persuadió ademas á los embajadores á permanecer en sus cuarteles, y retardar la visita á los cristianos, quienes por consecuencia quedaron ignorantes de los movimientos que en su favor habian tenido lugar en la capital de Tlascala (19).

La conducta de Xicotencatl es condenada por los escritores castellanos como la de un bárbaro, feroz y sanguinario. Es natural que así la considerasen; pero aquellos que estén libres de las preocupaciones nacionales que ofuscan la razon, tal vez la interpretarán de otra manera. Acaso encontrarán mucho que admirar en ese elevado é indómito espíritu, semejante á una orgullosa columna que sola se levanta magestuosamente entre los fragmentos y ruinas que la rodean. Verán quizá pruebas de un claro y previsor entendimiento, que penetrando por el ligero velo de la insidiosa amistad ofrecida por los españoles, é internándose en lo futuro, distinguia los males que habian de sobrevenir á su pais; el noble patriotismo de un héroe que queria á toda costa salvar á su patria, y que en medio de la ignorancia en que estaba sumergida la nacion, queria infundirle su intrépido espíritu, para animarla á aventurar la última lucha por su independencia.

(19) Ibid., cap. 67.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.

#### CAPITULO IV.

DESCONTENTOS EN EL EJERCITO.—ESPIAS TLASCALTECAS.—PAZ CON LA REPUBLICA.—EMBAJADA DE MONTEZUMA.

1519.

Deseoso Cortés de aumentar el terror del nombre castellano con no dejar respirar al enemigo, el mismo dia que despachó la embajada á Tlascala se puso á la cabeza de un pequeño cuerpo de caballería y tropas ligeras, para hacer una incursion en el pais inmediato. Estaba entonces tan malo de calenturas y tan debilitado por las medicinas (1), que apenas podia tenerse en la silla. Era un pais quebrado; y los fuertes vientos que venian de las heladas cimas de las montañas, penetraban los ligeros vestidos de la tropa, y traspasaban de frio á los hombres y á los caballos. Cuatro de estos se enfermaron, y el general, temeroso de perderlos, los volvió al campo. Los soldados, desalentados por tan mal augurio, quisieron persuadirle á volverse, pero él contestó: „Pelemos bajo el estandarte de la cruz; Dios es mas fuerte que la naturaleza,” (2) y continuó su marcha.

Caminó por la misma clase de paisaje, alternado de áridas colinas y praderas cultivadas como las ya descritas, pobladas de ciudades y aldeas, algunas de ellas puestos fronterizos ocupados por los otomies. Poniendo en práctica la máxima romana de usar de lenidad con el enemigo sumiso, tomó entera venganza de los que le resistian, y como esto ocurrió con demasiada frecuencia, marcó su camino con el fuego y la desolacion. Despues de una corta ausencia volvió salvo, y cargado con el botin de una escursion venturosa. Hubiérale sido mas honroso haberse conducido con menos rigor. Bernal Diaz imputa los excesos á los indios aliados, á quienes en el calor de la victoria era imposible contener (3); pero parece que el general poco se desasosegaba, fuera quien fue-

(1). El efecto de la medicina, aunque aplicada en gran dosis, segun Diaz, se suspendió durante los activos esfuerzos del general. Sin embargo, Gomara no considera esto como un milagro. (Crónica, cap. 49.) El padre Sandoval lo considera como tal. (Hist. de Carlos V, tom. I, p. 127.) Solís, despues de un escrupuloso exámen de este dudoso asunto, lo decide, no obstante lo extraño que pueda parecer contra aquel. Conquista, lib. 2, cap. 20.

(2) „Dios es sobre natura.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 54.

(3) Hist. de la conquista, cap. 64.

No así Cortés, quien claramente dice: „Quemé mas de diez pueblos.” (Ibid.,



se aquel sobre quien recayeran, pues declara en su carta al emperador Carlos V, „como que peleábamos bajo el estandarte de la cruz (4), por la verdadera fe y servicio de Vuestra Alteza, el cielo coronó nuestras armas con tal victoria, que mientras multitud de infieles fueron muertos, poca pérdida sufrimos los castellanos” (5). Los conquistadores españoles, á juzgar por sus escritos, ignorando que en su pecho se abrigara objeto alguno mundano, se consideraban como soldados de la cruz, que peleaban por la gran causa de la cristiandad; y en la misma edificante y ventajosa luz son mirados por los mas de los historiadores nacionales de épocas posteriores (6).

Cuando Cortés volvió al campo, encontró un nuevo motivo de inquietud en el descontento que se habia manifestado entre la soldadesca. Su paciencia estaba ya agotada por una vida de fatigas y peligros que parecian interminables. Los combates que habian ganado á sus formidables enemigos, no les habian proporcionado grandes ventajas. La idea de la llegada á Méjico, dice el antiguo veterano tantas veces citado, „era considerada por todo el ejército como una burla” (7); y el indefinido prospecto de guerra con el pueblo feroz entre quien estaba habitando, llenó su alma de una profunda tristeza.

Entre los malcontentos habia un número de aquellos vanos y turbulentos genios muy comunes en todo campo, que como vacías burbujas es seguro se mantienen en la superficie, y se hacen visibles en los momentos de agitacion. Pertenecian en su mayor parte á la antigua faccion de Velazquez, y tenian posesiones en Cuba, á las cuales volvian una y mil veces sus pensamientos, al paso que se alejaban mas y mas de la costa. Se dirigieron, pues, al general, no con el carácter tumultuoso de resistencia, pues recordaban la leccion dada en la Villa Rica, sino con el designio de hacerle una franca declaracion como á un compañero de aventuras, empeñado en la misma causa (8). El tono familiar que

p. 52.) Su ilustrísimo comentador, especifica las localidades de los pueblos indios que destruyó en sus excursiones. Viaje, en Lorenzana, pp. ix-xi.

(4) El famoso estandarte del conquistador, en el que se veía bordada una cruz, se ha conservado en Méjico hasta nuestros dias.

(5) „É como trayamos la bandera de la Cruz, y puñábamos por nuestra fe, y por servicio de Vuestra Sacra Magestad, en su muy Real ventura nos dió Dios tanta victoria, que les matamos mucha gente, sin que los nuestros recibiesen daño.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 52.

(6) „Y fué cosa notable,” exclama Herrera, „con cuanta humildad y devocion volvian todos alabando á Dios, que tan milagrosas victorias les daba; de donde se conocia claro, que los favorecia con su divina asistencia.”

(7) „Porque entrar en Méjico, teniamoslo por cosa de risa, á causa de sus grandes fuerzas.” Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 66.

(8) Díaz, con indignacion niega el carácter de motin que Gomara imputa á este procedimiento. „Las palabras que le decian era por vía de aconsejarle, y porque les parecia que eran bien dichas, y no por otra vía, porque siempre le siguieron muy bien, y lealmente; y no es mucho que en los ejércitos algunos buenos soldados aconsejen á su capitán, y mas si se ven tan trabajados como nosotros andábamos.” Ibid., cap. 71.

usaban en estas ocasiones era particularmente característico de la línea de igualdad en que se hallaban los que componian la expedicion.

Sus sufrimientos, le dijeron, eran ya demasiado grandes para poderse sufrir. Todos los soldados habian recibido una herida, y los mas de ellos dos ó tres. Más de cincuenta habian perecido por diversas causas desde que dejaron á Veracruz. No habia animales de carga; pero aun la vida de estos era preferible á la suya, pues en la noche descansaban de sus trabajos, cuando ellos, peleando siempre ó en guardia, no podian hacerlo ni en el dia ni en aquella. En cuanto á conquistar á Méjico, solo el pensamiento era una locura. Si habian encontrado tal oposicion en la pequeña república de Tlascala, ¿cuál debian esperar del poderoso imperio de Méjico? Habia entonces una suspension temporal de hostilidades, que podian aprovechar para regresar á Veracruz. Era cierto que la escuadra habia sido destruida, por cuyo acto temerario, que no tenia ejemplo ni aun en los anales de la antigua Roma, se habia hecho responsable el general de la suerte de todo el ejército; pero aun quedaba un solo buque. Podia despacharse éste á Cuba por refuerzos y provisiones; y cuando hubieran llegado, abrirse las operaciones militares con alguna esperanza de buen suceso.

Cortés escuchó este singular discurso con perfecta compostura. Conocia á sus soldados; y lejos de reprenderlos ó de tomar medidas severas, les contestó en el mismo tono franco y marcial que ellos habian afectado.

Concedióles que habia mucha verdad en lo que decian. Los sufrimientos de los españoles habian sido grandes; mayores que los que refiere la historia de los héroes griegos ó romanos. Tanto mayor, pues, debia ser la gloria. El mismo habia llenádose de admiracion al ver á su pequeña hueste rodeada por millares de bárbaros, y habia conocido que ningun otro pueblo sino el español podia haber triunfado de tales enemigos. Ni aun ellos mismos lo hubieran conseguido, si no hubiesen estado ayudados por el Todopoderoso. Y podian con razon esperar su proteccion en lo de adelante, pues era su causa por la que estaban peleando. Era cierto que habian encontrado peligros y dificultades; pero no habian venido allí con la esperanza de tener una vida de muelle ociosidad y placer. La gloria, como les habia dicho otra vez, habia de ganarse solo con el trabajo y los peligros. Debian hacerle la justicia de confesar que nunca habia evitado el participar de su misma suerte. Esto era una verdad, agrega el honrado historiador, que oyó y refiere este diálogo, que ninguno podia negar; pero si habian encontrado penalidades, continuó, habian salido victoriosos en todas partes. Aun entonces estaban gozando el fruto de aquellos triunfos, en la abundancia que reinaba en el campo; y pronto verian á los tlascaltecas, humillados por los últimos reveses, pedir la paz bajo cualesquiera condiciones. Volver atrás era ya imposible. Las mismas piedras se levantarían contra ellos. Los tlascaltecas los perseguirían en triunfo hasta la orilla del golfo. ¡Cuánto se regocijarían los mejicanos con el miserable resultado de sus vanas amenazas! Sus antiguos amigos se convertirían en enemigos; y los totonacas, para evitar la venganza de los aztecas, de la cual ya no podian escudarlos, se unirían al clamor general. Así pues, no habia mas alternativa



que la de seguir adelante; y les suplicó acallasen sus pusilánimes escrúpulos, y en lugar de volver la vista á Cuba, la fijasen en Méjico, que era el grande objeto de su empresa.

Mientras duraba esta importante conferencia, otros muchos soldados se habian reunido en el mismo sitio; y el partido descontento, alentado con la presencia de sus camaradas y con la dulzura del general, replicó que estaba muy lejos de haberse convencido; que otra victoria como la última seria su ruina. Iban á ir á Méjico solo para morir. Al fin, agotada la paciencia del gefe, cortó brevemente la discusion recitando los versos de un antiguo canto que envolvia el sentido de que era mejor morir con honor que vivir con afrenta; sentimiento que fué secundado con aplauso por la mayor parte de su auditorio, que no obstante uno que otro murmullo, no tenia designio de abandonar la expedicion, y mucho menos al comandante á quien era sinceramente adicto. Desconcertados los malcontentos con esta reprension, volvieron á sus cuarteles, pronunciando medio sufocadas execraciones contra el caudillo que habia proyectado la empresa: contra los indios que le habian guiado; y contra aquellos de sus compatriotas que le habian sostenido en ella (9).

Tales fueron las dificultades que obstruian el camino de Cortés: un astuto y feroz enemigo: un clima variable y muchas veces insalubre: enfermedades en su propia persona, muy agravadas por la incertidumbre y ansiedad en cuanto al modo con que seria considerada su conducta por el soberano; y por fin, lo que no era menos, el desafecto entre sus soldados, en cuya constancia y union habia descansado como base de sus operaciones; la gran palanca con que iba á derribar el imperio de Montezuma.

En la mañana que siguió al dia de este acontecimiento, sorprendióse el ejército con la aparicion de un pequeño cuerpo de tlascaltecas, adornados de divisas cuyo color blanco anunciaba la paz. Traian algunas provisiones y efectos de poco valor, que dijeron eran enviados por el general tlascalteca, quien cansado ya de la guerra, deseaba un acomodamiento; tanto que él mismo se presentaria pronto á arreglarlo en persona. Esta noticia difundió un júbilo general en el campamento, y los emisarios recibieron una amistosa bienvenida.

Transcurridos uno ó dos dias, algunos de los mensajeros dejaron los cuarteles españoles, y los que permanecieron, cerca de cincuenta en número, excitaron la desconfianza de Marina, quien comunicó sus sospechas á Cortés de que fuesen espías. En consecuencia mandó arrestar á varios de ellos, y examinándolos separadamente se cercioró de que eran empleados por Xicotencatl para informarle del estado del campo cristiano; medidas preparatorias de un asal-

(9) Casi todos los historiadores refieren, con alguna variedad, esta conferencia. (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 55.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3.—Gomara, Crónica, cap. 51 y 52.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 80.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 9.—P. Mártir de Angleria, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 2.) Yo he preferido la relacion dada por Bernal Diaz, uno del auditorio, aunque no de los que sostuvieron el diálogo, y por aquella razon la mejor autoridad.

to, para el cual estaba reuniendo sus fuerzas. Satisfecho Cortés de la verdad de estas declaraciones, determinó hacer en los delincuentes un ejemplar escarmiento, para que intimidado el enemigo no quisiera repetir la tentativa. Mandó amputarles las manos, y en este estado los envió á sus compatriotas, con el mensaje de que „los tlascaltecas podian venir de dia ó de noche, pues siempre encontrarían á los españoles prontos para resistirles” (10).

El doloroso espectáculo de los mutilados mensajeros llenó á los indios de horror y consternacion. El antiguo orgullo de su gefe estaba ya humillado. Desde este momento perdió su acostumbrada confianza. Sus soldados, llenos de un temor supersticioso, rehusaron servir contra un enemigo que podia leer sus mismos pensamientos, y adivinar sus planes antes de ponerlos en ejecucion (11).

La pena infligida por Cortés, puede herir la sensibilidad del lector por su brutal severidad; pero para mitigarla, debe considerarse que las víctimas de ella eran espías, y que estos, segun las leyes de la guerra, tanto de las naciones civilizadas, como de las salvajes, habian incurrido en pena de muerte. La amputacion de miembros era un suave castigo, reservado para delitos no muy graves. Si reprobamos esta bárbara sentencia, debemos reflejar que no dejaba de ser comun en aquel tiempo, no menos que los azotes y el marcar con un hierro ardiendo, lo era en nuestro pais (\*), á principios del siglo presente, ó amputar las orejas en el anterior. Una refinada civilizacion es cierto que reprueba tales castigos como perniciosos en sí mismos y degradantes á la humanidad; pero en el siglo décimosexto eran completamente reconocidos por las leyes de las naciones mas cultas de Europa; y es demasiado exigir de cualquiera hombre, y mucho mas de uno educado en la férrea profesion de las armas, que se adelantara á la ilustracion de su siglo. Debemos contentarnos con que en circunstancias tan desfavorables á la humanidad, no hiciese cosas que aun aquella repugnase.

Abandonada ya toda idea de resistencia, se permitió á los cuatro delegados de la república tlascalteca continuar su mision. Pronto llegó el mismo Xicotencatl con un numeroso séquito militar. Luego que se acercó á las filas españolas fué fácilmente reconocido por los colores blanco y amarillo de los uniformes de sus servidores, que era la librea de la casa de Titcala. Grande fué la alegría del ejército por la segura manifestacion del fin de las hostilidades, tanto, que Cortés pudo con dificultad conservar el órden entre sus soldados y hacerles afectar la indiferencia que debian mostrar en presencia del enemigo.

Los españoles miraban con curiosidad al valiente gefe que habia contenido

(10) Diaz dice, que solo diez y siete perdieron la manos, y el resto los dedos pulgares. (Hist. de la conquista, cap. 70.) Cortés no se avergüenza de confesar que mandó cortar las manos á todos los cincuenta. „Los mandé tomar á todos cincuenta, y cortarles las manos, y los envié, que dijessen á su Señor, que de noche, y de dia, y cada y cuando él viniese, verian quien éramos.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 53.

(11) „De que los tlascaltecas se admiraron, entendiendo que Cortés les entendia sus pensamientos.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS. cap. 83.

(\*) Los Estados-Unidos del Norte.



tanto tiempo á los invasores de su país, y que avanzaba entonces con el firme y atrevido paso de uno que va mas bien á desafiar al combate, que á solicitar la paz. Era de una estatura mas que mediana, de ancha espalda, y una constitucion muscular que anunciaba grande actividad y fuerza. Su cabeza abultada y su frente surcada de arrugas, mas bien provenientes del duro servicio, que de la edad, pues no tenia sino treinta y cinco años. Cuando entró á la presencia de Cortés le saludó de la manera acostumbrada, tocando la tierra con la mano y llevando despues esta á la cabeza, al mismo tiempo que el oloroso humo de diversas gomaz aromáticas se levantaba en espesas nubes de los incensarios que llevaban los esclavos.

Lejos de la pusilánime conducta de hacer recaer sobre el senado la responsabilidad de la guerra, la tomó sobre sí. Dijo que habia considerado á los hombres blancos como enemigos, pues venian con los aliados y vasallos de Montezuma. El amaba á su patria, y deseaba conservase la independenciam que habia sostenido en dilatadas guerras con los aztecas. Habia sido derrotado, y los españoles podian ser los extranjeros que tanto tiempo antes estaba predicho vendrian del Oriente á tomar posesion del país. Esperaba que usarian de la victoria con moderacion, y no atacarian la libertad de la república. Presentábase ahora á nombre de esta á ofrecer obediencia á los españoles, asegurándoles encontrarian á sus compatriotas tan fieles en la paz, como firmes habian sido en la guerra.

Cortés, lejos de ofenderse, se llenó de admiracion por el elevado espíritu que así desdeñaba abatirse con los infortunios. El hombre valiente sabe respetar la bravura en otros. Tomó, sin embargo, un aspecto severo al reconvenir al gefe por haber persistido tanto tiempo en continuar la guerra. Si hubiera dado fe á las palabras de los españoles, y aceptado antes la amistad que ofrecieron, habria ahorrado á sus compatriotas terribles sufrimientos, bien merecidos por su obstinada resistencia; pero era imposible, continuó el general, evitar lo pasado. Deseaba echarlo en olvido, y recibir á los tlascaltecas como vasallos del emperador su amo. Si eran fieles, encontrarian en él una firme columna de apoyo; si falsos, se vengaria de ellos de la manera que habia resuelto hacerlo con su capital si no se hubieran sometido prontamente. Era esto una amenaza para el gefe á quien se dirigia.

Entonces ordenó el cacique á sus esclavos sacasen algunos adornos de oro y plumajes bordados. Eran de poco valor, dijo con una ligera sonrisa, pues los tlascaltecas eran pobres, tenian poco oro, y carecian de algodón y sal. El emperador azteca no les habia dejado sino su libertad y sus armas. Ofrecia este presente solo como muestra de su buena voluntad. „Como tal lo recibo,” contestó Cortés. „Y viniendo de los tlascaltecas encuentro en él más valor, que si viniera de otra cualquiera parte, aun cuando fuese una casa llena de oro;” contestacion tan magnánima como política, pues con la ayuda de los tlascaltecas iba á ganar los tesoros de Méjico (12).

Así terminó la sangrienta guerra con la valerosa república de Tlascala, en cu-

(12) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 56 y 57.—Oviedo, Hist. de las Ind.,

yo curso la fortuna de los españoles más de una vez titubeó en la balanza. Si hubieran esperado aquellos un poco mas, habria terminado con la confusion y ruina de los cristianos, exhaustos como estaban, por las heridas, vigiliass y fatigas, y por la semilla del desafecto que fructificaba entre ellos. De esta manera habian salido de la fatal contienda, con una gloria sin mancha. Al enemigo parecian invulnerables: que sus vidas eran encantadas; que se sobreponian á los accidentes de la fortuna y á los ataques del hombre. No habia, pues, que admirar de que sintieran satisfaccion en su interior por un concepto tan elevado, y que el mas humilde español se hubiese juzgado objeto de una interposicion especial de la Providencia que le escudaba en la hora del combate y le reservaba para un alto destino.

Cuando aun estaban los tlascaltecas en el campo, se anunció una embajada de Montezuma. La noticia de las hazañas de los españoles se habia divulgado por toda la extension de la mesa. El emperador, en particular, habia vigilado cada paso de su marcha al subir los costados de las cordilleras, y avanzar por la ancha plataforma que se extendia en su cumbre. Habíalos visto con gran satisfaccion tomar el camino de Tlascala, confiando en que si eran mortales allí, encontrarian su tumba. Grande fué su pesar cuando correo tras de correo le traia noticia de sus triunfos, y de que los terribles guerreros republicanos habian sido segados como mieses por la espada de este puñado de extranjeros.

Volvieron sus temores supersticiosos con toda su fuerza. Vió en los españoles „los hombres destinados” á tomar posesion de su cetro, y en su alarma é incertidumbre delegó una nueva embajada al campo cristiano. Componíase de cinco principales nobles de su corte, acompañados de un séquito de doscientos esclavos. Trajeron consigo, como de costumbre, un liberal presente, dictado en parte por temor, y en parte por la natural munificencia del monarca, que consistia en tres mil onzas de oro en granos, ó en varias manufacturas, con algunos centenares de mantas, vestidos de algodón bordados, y pintorescos plumajes. Al tender estos presentes á los piés de Cortés, dijéronle, venian en nombre de su amo á congratularse con los hombres blancos por sus últimas victorias. Solo sentia no poderlos recibir en la capital, cuya numerosa poblacion era tan desenfrenada, que podia correr peligro su seguridad. La sola intimacion de los deseos del emperador azteca, manifestada de la manera mas indiferente, hubiera sido suficiente entre las naciones indias; pero tenia poco peso sobre los españoles, y los enviados, encontrando ineficaz esta pueril expresion de aquellos, ocurrieron á otro argumento, ofreciendo en nombre de su señor pagar un tributo al soberano de Castilla, con tal que los españoles omitieran su visita á la capital. Este era el mayor error: era ostentar con una mano las ricas joyas que no podian defender con la otra; y sin embargo, el autor de esta pusilánime política, la infortunada víctima de la supersticion considerábase como un príncipe famoso entre las naciones indias, por su intrepidez y espíritu de empresa; era el terror del Anáhuac!

Cortés, al mismo tiempo que hacia mérito de las órdenes de su soberano para no

MS., lib. 33, cap. 3.—Gomara, Crónica, cap. 53.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 71 y siguientes.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.



poder obsequiar los deseos de Montezuma, pronunciaba expresiones del mas profundo respeto hácia el príncipe azteca, y declaró que si por entonces no tenia medios de recompensar su munificencia, confiaba en pagársela algun dia con buenas obras (13).

Los embajadores mejicanos no quedaron muy satisfechos de ver terminada la guerra, y establecida una perfecta armonía entre sus mortales enemigos y los españoles. El odio de las dos naciones era demasiado fuerte para que pudiera reprimirse aun en presencia del general, quien veia con satisfaccion las pruebas de una enemistad, que minando el poder del emperador indio, habia de ser el medio mas seguro de conseguir el triunfo (14).

Dos de los que componian la mision azteca, regresaron á Méjico á instruir á su soberano del estado que guardaban los negocios en el campo español. Los otros permanecieron con el ejército, deseando Cortés fueran testigos presenciales de la deferencia que le mostraban los tlascaltecas. Con todo, dilató su partida á la capital de estos, no porque diera crédito á las injustas insinuaciones de los mejicanos, respecto á su buena fe, sino porque deseaba ponerla á una larga prueba, y al mismo tiempo restablecer su salud antes de verificar la visita. Entre tanto, diariamente llegaban mensajeros instándole á que apresurara el viaje, y fueron al fin seguidos de algunos ancianos gefes de la república, acompañados de una numerosa comitiva que estaban impacientes por su larga demora. Trajeron consigo quinientos tamanes ó mozos de cordel para conducir los cañones y relevar á los españoles de esta penosa parte del servicio. Era imposible diferir mas la marcha; y despues de celebrarse la misa y de ofrecer una solemne accion de gracias al Dios de los ejércitos que habia coronado sus armas de triunfo, dejaron los españoles los cuarteles que habian ocupado por casi tres semanas en el cerro de Tzompach.

La fuerte torre ó teocalli, que lo dominaba, se llamó, en conmemoracion de su residencia, „la torre de la victoria;” y las pocas piedras que aun se conservan de sus ruinas, indican al viajero un sitio siempre memorable en la historia, por el valor y constancia de los primeros conquistadores (15).

(13) „Cortés recibió con alegría aquel presente, y dijo que se lo tenia en merced, y que él lo pagaria al Señor Montezuma en buenas obras.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 73.

(14) Se extendió sobre esto en su carta al emperador. „Vista la discordia y desconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho á mi propósito, y que podria tener manera de mas ayna sojuzgarlos, é aun acordéme de una autoridad evangélica, que dice: *Omne regnum in seipsum divisum desolabitur*: y con los unos y con los otros maneaba, y á cada uno en secreto le agradecia el aviso que me daba, y le daba crédito de mas amistad que al otro.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 61.

(15) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 10.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4.—Gomara, Crónica, cap. 54.—P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 2.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 72-74.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.

## CAPITULO V.

ENTRAN LOS ESPAÑOLES A TLASCALA.—DESCRIPCION DE LA CAPITAL.—  
TENTATIVAS DE CONVERSION.—EMBAJADA AZTECA.—SON INVITADOS  
A PASAR A CHOLULA.

1519.

La ciudad de Tlascalca, capital de la república del mismo nombre, distaba del campo español cerca de seis leguas. El camino conducia á una region montañosa, que presentaba en cada pedazo de tierra, propio para sembrar, pruebas de un esmerado cultivo. Pasaron una profunda barranca por un puente de piedra, que segun la tradicion, autoridad bastante falible, es el mismo que aun existe, y se construyó expresamente para el tránsito del ejército (1). Atravesaron en su ruta algunas poblaciones considerables, donde experimentaron por parte de los indios la mas generosa hospitalidad. La aproximacion á una ciudad populosa era anunciada por la multitud que salia á ver y á dar la bienvenida á los extranjeros: hombres y mugeres, con sus pintorescos trajes, llevando ramilletes y guirnaldas de flores que daban á los españoles ó suspendian del cuello y arneses de sus caballos, de la misma manera que en Cempoala. Los sacerdotes, con sus vestiduras blancas, y largas trenzas flotando sobre los hombros, se mezclaban en la multitud, arrojando nubes de humo de sus ricos incensarios. De esta manera la concurrida y mezclada procesion desfiló por las puertas de la antigua capital de Tlascalca. Era el 23 de septiembre de 1519, cuyo aniversario aun se celebra por los habitantes como un dia de júbilo (2).

(1) „Á distancia de un cuarto de legua, caminando á esta dicha ciudad, se encuentra una barranca honda, que tiene para pasar un puente de cal y canto de bóveda, y es tradicion en el pueblo de San Salvador, que se hizo en aquellos dias, que estuvo allí Cortés para que pasase.” (Viaje, en Lorenzana, p. xi.) Si pudiera fijarse la antigüedad de este puente de piedra, y bóveda, estableceria un punto muy cuestionable respecto á la arquitectura india; pero la construccion de una obra tan sólida en tan corto tiempo, es hecho que requiere mejores testigos que los aldeanos de San Salvador.

(2) Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, p. 53.  
„Recibimiento el mas solemne y famoso que en el mundo se ha visto,” exclama el entusiasta historiador de la república, y añade, „que mas de cien mil hombres salieron á recibir á los españoles, cosa que parece imposible.” En efecto, es increíble. Camargo, Hist. de Tlascalca, MS.